

VEDANTA PRÁCTICA

el conocimiento más grande y más elevado

SWAMI VIVEKANANDA



Editorial ELA

www.libreriaargentina.com

Índice

Prólogo editorial	7
1. Teoría y práctica	9
2. Fe y confianza	17
3. La voz interna	23
4. El cielo y el infierno	29
5. El Dios impersonal	35
6. Fuerza y Materia	43
7. La posición del monismo	49
8. Los ideales religiosos	55
9. El sincretismo advaita	61
10. El dualismo	67
11. El ideal del Vedanta	69
12. La razón y la religión	75
13. La liberación	81
14. Filosofía Vedanta	87
15. Renunciación y felicidad	93
16. Religiones y religión	99

Prólogo editorial

El Vedanta es una de las filosofías más antiguas del mundo y una de las más universales. Basada en los Vedas, las sagradas escrituras de la India, sostiene la unidad de la existencia, la divinidad del alma humana y la armonía de todas las religiones.

Para el Vedanta, el Ser que hay dentro de mí, el Atman, es el mismo Ser que hay dentro de ti, sin importar si ese ser esté en un santo, un asesino, un animal, un árbol o una persona desagradable con la que te cruzas.

El Ser es la esencia del universo, la esencia de todas las almas y además, tú eres uno con el universo. La felicidad pertenece a quien conoce esta unidad, a quien sabe que es uno con el universo. El miedo y la infelicidad surgen de nuestro sentido de separación de la esta gran Unidad Cósmica. Quien diga que es diferente de los demás, aunque solo sea minimamente, se volverá inmediatamente infeliz.

Aparentemente, el universo nos parece algo absurdo en el mejor de los casos y algo perverso en el peor. Pero esto es así porque no lo estamos viendo a la luz del Vedanta; solo lo estamos viendo durante un período corto, durante el período de esta vida, sin tener en cuenta nada más.

No cabe duda de que esta filosofía Vedanta es excelente como teoría; pero, ¿cómo practicarla?

Porque, ninguna teoría tiene otro valor que el de una gimnasia intelectual si no se puede practicar. Por lo tanto, el Vedanta, como filosofía, ha de ser intensamente práctico, y debe ser aplicable en todos los aspectos de nuestra vida.

Y la presente obra nos indica como llevar a la práctica la filosofía Vedanta en todos los momentos de nuestra vida.

1

Teoría y práctica

Voy a hablar sobre la práctica de la filosofía Vedanta. No cabe duda que es excelente como teoría; pero, ¿cómo practicarla?

Ninguna teoría tiene otro valor que el de una gimnasia intelectual si no se puede practicar. Por lo tanto, el Vedanta, como filosofía, ha de ser intensamente práctica, y debe ser aplicable en todos los aspectos de nuestra vida. Además, la ficticia diferenciación entre la vida religiosa y la vida cotidiana debe desvanecerse, porque el Vedanta enseña la unidad de la vida. Los ideales religiosos deben cubrir todo el campo de la vida, dominar nuestros pensamientos y realizarlos de una forma práctica.

Pero antes de nada, voy a exponer un poco la teoría, mostrar cómo se ha ido desarrollando y pasando desde las cuevas selváticas y las espesuras forestales, a las bulliciosas calles de las modernas ciudades. Y observaremos la peculiar característica de que muchos de estos pensamientos religiosos no fueron el resultado de la vida solitaria en el retiro de la selva, sino que emanaron de los monarcas gobernantes, ocupados en los negocios mundanos.

Shvetaketu, era hijo de Aruni, un sabio eremita. Se crió en la selva, pero fue a la ciudad de Panchalas y se presentó en la corte del rey Pravaahana Jaivali, quien le preguntó:

- ¿Sabes cómo los seres se marchan de aquí al morir?
- No, señor.
- ¿Sabes cómo vuelven aquí?
- No, señor.
- ¿Conoces el camino de los antepasados y de los dioses?

- No, señor.

El rey le hizo otras preguntas a las que Shvetaketu no supo responder y entonces el rey, le dijo que no sabía nada. El joven volvió al lado de su padre, quien le dijo que tampoco él hubiera sabido responder a semejantes preguntas. No porque no quisiera responderlas ni enseñar al hijo, sino porque no sabía responderlas. Así es que Shvetaketu y su padre volvieron a la corte del rey y le suplicaron que les descubriese aquellos secretos. El rey les respondió que tales cosas sólo las habían conocido hasta entonces los reyes y que las ignoraban los sacerdotes. Sin embargo, les enseñó lo que deseaban saber.

En varios Upanishads se confirma este hecho de que la filosofía Vedanta no fue un único resultado de la meditación en el retiro, sino que en su mayor parte nació de las mentes ocupadas en los negocios cotidianos. Y no podemos concebir un hombre más atareado que un monarca absoluto que gobierna a millones de gentes, porque algunos de estos monarcas fueron profundos pensadores. Todo esto indica que la filosofía Vedanta debe ser muy práctica.

También en el Bhagavad Gita, que es el mejor exponente de la filosofía Vedanta, vemos como Krishna enseña a Arjuna esta filosofía en el campo de batalla, y la doctrina que luminosamente resplandece en cada página del Gita es intensamente activa y al propio tiempo eternamente serena. Tal es el secreto de la acción, a cuyo conocimiento aspira el Vedanta. Ciertamente no puede ser su anhelo la inacción en el sentido ordinario de pasividad, porque en tal caso, las paredes de nuestras casas serían seres inteligentes por lo inactivas que son y la tierra seca de los campos y los árboles serían los mayores sabios del mundo por lo inactivos que son. Y no se transmuta la inactividad en actividad cuando está combinada con la pasión. La genuina actividad, a la que aspira el Vedanta, está combinada con la perpetua serenidad imperturbable, con el equilibrio del ánimo que jamás se altera suceda lo que suceda. Y todos sabemos por la experiencia de la vida que ésta es la mejor actitud para la acción.

Se me ha preguntado a menudo: Entonces ¿cómo podemos obrar si no nos anima el apasionamiento que generalmente sentimos por nuestra obra?

Yo también pensaba de esta manera hace años, pero con la edad y la experiencia, veo que no es verdad. Cuanta menos pasión hay, mejor

es la obra. Cuanto más serenos estemos, mejor y más abundante será nuestra obra. Cuando damos rienda suelta a nuestras emociones, malgastamos mucha energía, quebrantamos nuestros nervios, perturbamos nuestra mente y es escasa nuestra obra. La energía que hubiera debido transmutarse en acción positiva se consume con inútiles emociones. Tan sólo cuando la mente está serena y centrada en sí, toda su energía se emplea en hacer una buena obra.

Si leemos las biografías de los hombres más activos del mundo, veremos que todos fueron admirablemente ecuánimes sin que nada lograra perturbarlos. Por eso el hombre iracundo no hace mucha labor y en cambio es muy copiosa la de quien jamás se enfada. El hombre que cede a la ira, al odio o a cualquier otra pasión no puede trabajar adecuadamente, pues se altera y no hace nada práctico. En cambio, el hombre de ánimo sereno, benévolo, misericordioso y equilibrado, lleva a cabo una abundante labor.

El Vedanta predica el ideal, y como todos sabemos, el ideal está mucho más allá de lo que llamamos real o práctico. Hay dos tendencias en la naturaleza humana: una que intenta armonizar el ideal con la vida, y otra que eleva la vida al ideal. Conviene comprenderlo así, porque la primera tendencia es la tentación de nuestra vida. Por ejemplo: Si yo creo que sólo puedo hacer cierta clase de obra, quizá la mayor parte de ella mala, porque me mueve la ira, la codicia o el egoísmo. Y si en estas circunstancias viene alguien a predicarme un ideal, para cuya realización el primer paso deba ser, dar de lado al egoísmo y a la concupiscencia, lo creeré imposible. Pero si se me presenta un ideal conciliable con mi egoísmo, lo aceptaré gozoso y a él me adheriré, pues es para mí el ideal.

De la misma forma que a la palabra "ortodoxo" se le han dado distintas acepciones, lo mismo sucede con la palabra "práctico". "Mi doxia es ortodoxia y tu doxia es heterodoxia". Así sucede con la palabra práctico. Lo que yo creo práctico me parece lo único práctico en el mundo. Si soy comerciante, me parece que el comercio es lo más práctico y si soy un ladrón, creo que nada hay tan práctico como el robar. Así vemos que cada cual acomoda la palabra "práctico" a lo que prefiere y puede hacer. Por lo tanto, el Vedanta, aunque intensamente práctico, lo es en el sentido del ideal, pues no predica un ideal imposible por alto que sea y este ideal es el de la "divinidad en esencia del espíritu del

hombre". "Tú eres Aquello". Ésta es la esencia de la filosofía Vedanta. En todas sus ramificaciones y formas, nos enseña que el alma humana es de por sí pura y omnisciente y que el nacimiento y la muerte nada significan con relación al alma. El alma nunca ha nacido y nunca morirá, y la muerte y el temor a la muerte son meras supersticiones, así como también lo son las ideas de que podemos hacer tal cosa y no podemos hacer tal otra. Todo es posible para nosotros y lo primero que nos enseña el Vedanta es a tener confianza en nosotros mismos.

Así como ciertas religiones del mundo dicen que es ateo quien no cree en un Dios personal y extra-cósmico, el Vedanta dice que es ateo quien "no cree en sí mismo". No creer en la gloria de nuestra alma es a lo que el Vedanta llama ateísmo. Desde luego que a muchos les parecerá terrible esta idea y que considerarán a este ideal como impracticable; pero el Vedanta insiste en que todos lo podemos realizar sin distinción de edad, raza ni sexo y que nada nos impida realizarlo, porque el Vedanta demuestra que ya se ha realizado en este mundo.

Todas las fuerzas del universo son ya nuestras, pero mientras nos tapamos los ojos con las manos, nos quejamos de la oscuridad. Sin embargo, no hay tinieblas a nuestro alrededor. Destapémonos los ojos y veremos la luz que brillaba desde el principio. Nunca existió la oscuridad y nunca existió la debilidad; pero insensatamente nos lamentamos de que somos débiles e impuros. Así el Vedanta no sólo insiste en que el ideal es práctico, sino en que siempre lo ha sido, porque este ideal, esta Realidad es nuestra propia naturaleza. Todo lo demás es falso y falaz.

Cuando decimos "soy un mezquino mortal" nos mentimos a nosotros mismos, nos hipnotizamos o nos autosugestionamos, es algo lastimoso, una debilidad y una maldad. La filosofía Vedanta no admite el pecado, sino el error y el máximo error, dice el Vedanta, es creerse un hombre débil, miserable y pecador impotente para hacer tal o cual obra. Cada vez que el hombre piensa de este modo, añade un nuevo eslabón en la cadena que le atrapa y añade una nueva capa de hipnotismo a su alma. Por lo tanto, se equivoca quien se cree débil y se equivoca quien se cree impuro y difunde esos siniestros pensamientos por el mundo.

Se ha de tener en cuenta que el Vedanta no admite ni siquiera el intento de conciliar su ideal con esta falsa e hipnotizada vida mundana, que debe desvanecerse para que se manifieste en todo su esplendor la perpetua vida real. Nadie se purifica en el sentido de acrecentar su pure-

za, pues todos somos esencialmente puros y la cuestión está en el grado de manifestación de nuestra esencial pureza. Al caer el velo, se manifiesta la peculiar pureza del alma, pues todo es ya nuestro, la infinita pureza, la libertad, el amor y el poder.

También dice el Vedanta que su ideal puede realizarse lo mismo en la cueva del anacoreta que en todas las posibles condiciones de vida. Ya hemos visto que quienes primeramente enunciaron estas verdades no vivían en cuevas o en bosques ni ejercían las ordinarias profesiones de la vida social, sino que eran los que dirigían los negocios del país, los que empuñaban el cetro y ceñían la corona, los que mandaban a los ejércitos y se preocupaban del bienestar de millones de súbditos en los tiempos de la monarquía absoluta y no como ahora donde los reyes son poco menos que figuras decorativas. Sin embargo, aún les quedaba tiempo para concebir y desenvolver estas ideas, realizarlas y enseñarlas a la humanidad, ¿Cómo no nos ha de ser posible realizarlas y practicarlas a nosotros, cuando nuestras vidas son ociosas comparadas con las suyas?

Es vergonzoso decir que no podemos practicarlas porque consideramos que nos apremia el trabajo y que tenemos pocas horas libres, pues nuestras obligaciones no son nada en comparación con las de aquellos antiguos monarcas absolutos. Nuestras necesidades no son tantas como las de Arjuna en el campo de batalla de Kurukshetra, donde mandaba un poderoso ejército; y sin embargo, en medio del estruendo y del fragor de la batalla, tuvo tiempo de escuchar las enseñanzas de Krishna y de acomodar a ellas su conducta. Seguramente deberíamos ser capaces de hacer otro tanto en esta nuestra vida relativamente libre, fácil y cómoda.

La mayoría de nosotros dispondríamos de más tiempo del que nos figuramos si quisiéramos emplearlo en el bien. Con la libertad que tenemos podríamos realizar doscientos ideales en esta vida si tal quisiéramos, pero no hemos de degradar el ideal.

Una de las cosas más insinuantes nos llegan de personas que disculpan nuestros errores y nos dicen que no hemos de lamentarnos de nuestros vanos deseos y locas acciones, y nos figuramos que su ideal es el que nos conviene. Pero no es así. El Vedanta no nos enseña semejante cosa. Lo actual se ha de armonizar con lo ideal, la vida presente ha de coincidir con la vida eterna. Se ha de tener siempre en cuenta que el ideal central del Vedanta es la Unidad. Nada es dual ni hay dos vidas ni

dos diferentes clases de vida en los dos mundos, el terrenal y el ultraterrenal. Los Vedas hablan al principio de cielos y otras cosas por el estilo; pero más adelante, cuando llegan a los altos ideales de su filosofía, dan de lado a tales cosas. No hay más que una Vida, un Mundo, una Existencia, todo es Uno, y la diferencia es en grado y no en índole esencial.

El Vedanta niega rotundamente que la vida de los animales esté separada de la de los hombres y que Dios los haya creado para servirnos de alimento. También, hay personas cuyo delicado temperamento les movió a fundar una sociedad anti-viviseccionista. Un día le pregunté a uno de sus miembros: “¿Por qué pensáis que es de todo punto lícito matar animales para alimentar al hombre y no matar a uno o dos para experimentación científica?”. A esto me respondió: “La vivisección es algo horrible; pero los animales nos han sido dados como alimento”. La Unidad incluye a los animales. Si la vida del hombre es inmortal, también lo es la de los animales. La diferencia es de grado y no de clase. La ameba y el hombre son esencialmente el mismo; la diferencia está en el grado de manifestación y desde el punto de vista de la vida superior, toda diferencia desaparece. Puede advertirse muchísima diferencia entre una brizna de hierba y un arbusto; pero desde el punto de vista del concepto vegetal, la hierba y el corpulento árbol son lo mismo. Así también, desde el punto de vista del supremo ideal son lo mismo el más ínfimo animal y el más excelso hombre. Quien crea en Dios ha de creer que los animales y los seres superiores han de tener esencialmente la misma naturaleza. Un Dios que fuera benévolo con sus hijos humanos y cruel con sus hijos animales sería mucho peor que un demonio. Yo preferiría mil veces la muerte antes que adorar a semejante Dios. Pero no hay diferencia esencial entre las vidas individuales y quien diga que la hay denotará crueldad e ignorancia.

He aquí un caso de impropiedad en el uso de la palabra “práctico”. Puedo no ser estrictamente vegetariano, pero comprendo el ideal de los vegetarianos; y así, cuando como carne, reconozco que obro mal y que es cosa cruel, aunque las circunstancias me obliguen a comerla. En este caso no debo rebajar mi ideal hasta el nivel de mi acción y excusar de este modo mi conducta, porque el ideal es no comer carne, no dañar a ningún ser viviente, pues los animales son mis hermanos menores. Quien sea capaz de considerar a los animales como sus hermanos meno-

res dará un muy largo paso hacia la confraternidad de todos los seres y mayormente hacia la de todos los hombres. Suele decirse que muchos rechazarán estas enseñanzas porque exhortan a renunciar a lo positivo y consagrarse al ideal; pero si se les presenta una teoría que se concilie con su efectiva línea de conducta, la considerarán de todo punto práctica.

La naturaleza humana tiene una tendencia señaladamente conservadora, y recela dar un paso adelante. La humanidad puede compararse a quienes por el gusto de dormir en la nieve mueren helados ¡Esto es lo que hacemos toda nuestra vida: helarnos de pies a cabeza!, y sin embargo estamos deseosos de dormir. Por lo tanto, debemos esforzarnos en realizar el ideal sin hacer caso de quienes intenten rebajarlo hasta el nivel ordinario y enseñen una religión que no alcanza sus alturas, pues para mi sería impracticable semejante religión. Pero si alguien enseña una religión que presenta el supremo ideal, lo escucharé desde luego. Precavámonos contra quien trate de excusar nuestras vanidades y flaquezas, pues si los escucháramos nunca podríamos progresar. He visto muchas de estas cosas en mis viajes por el mundo y mi país es la tierra donde las sectas religiosas crecen como los hongos. Cada año aparecen nuevas sectas; pero he observado que las forman quienes quieren conciliar el hombre de carne con el verdadero hombre progresivo. Doquiera predomina esta falsa idea de conciliar las vanidades de la carne con los altos ideales, de rebajar a Dios al nivel del hombre, sobreviene la decadencia, el hombre no debe degradarse a la esclavitud del mundo sino elevarse hasta Dios.

Tampoco hemos de desdeñar a nadie, pues todos nos encaminamos a la misma meta. La diferencia entre el débil y el fuerte, entre el mal y la virtud, entre el infierno y el cielo, entre lo muerto y la vida, es sólo de grado y no de esencia, porque la Unidad es el secreto de todas las cosas. Todo es Uno que se manifiesta, ya como pensamiento o ya como vida, alma o cuerpo, pero la diferencia es sólo de grado.

Por lo tanto, no tenemos derecho a despreciar y a mirar desdeñosamente a quienes no estén todavía en el mismo nivel de desenvolvimiento en que nos hallamos nosotros. No condenemos a nadie. Al contrario, tendámosle una mano auxiliadora si podemos, y si no bendigámosle y dejemos que siga su camino. Degradar y condenar no es el verdadero camino de la acción recta, pues malgastamos nuestra energía al

condenar al prójimo, y al fin y al cabo advertimos que buenos y malos están más o menos cerca respectivamente de un mismo ideal y que la diferencia entre unos y otros es tan sólo una diferencia de grado de manifestación y de expresión.

Desechemos la idea del pecado, ya que cuando el Vedanta dice que no existe el pecado, y otras religiones afirman que existe, es porque el Vedanta considera el aspecto positivo del mismo concepto y las otras religiones el negativo. Una muestra al hombre su fortaleza y las otras su debilidad.

Dice el Vedanta que a pesar de nuestras flaquezas hemos de progresar. La enfermedad surgió tan pronto como el hombre hubo nacido. Cada cual conoce su enfermedad y no necesita que nadie se la diagnostique; pero si continuamente pensamos que estamos enfermos, no nos curaremos. Es necesaria la medicina.

Podemos olvidar todo lo externo y tratar de ser hipócritas con el mundo exterior, pero en nuestra recóndita intimidad todos conocemos nuestra debilidad. Dice el Vedanta que el pensamiento en nuestra debilidad no logrará remediarla, pues la fortaleza no puede provenir de estar pensando continuamente en la debilidad cuyo remedio es pensar en la fortaleza. Han de aprender los hombres que la fortaleza está ya en su interior; y en vez de decirles que son pecadores, el Vedanta se coloca en la posición opuesta y dice: *“Eres puro y perfecto, y lo que llamas pecado no pertenece a tu naturaleza”*.

Los pecados no son más que etapas muy atrasadas de la manifestación del propio ser. Nunca ha de decir el hombre: “No puedo”, porque es esencialmente infinito, y ni siquiera el tiempo y el espacio se pueden comparar con su naturaleza, pues de todo es capaz su esencial omnipotencia.